

La belleza interior es la verdadera diferencia humana. La raíz de la mujer y del hombre de una pieza. Es algo que

se intuye desde fuera y que consiste en quedar fascinado, gratamente sorprendido, en un sentirse arrastrado a conocerla. Tiene una tonalidad difusa, vaga, indefinida, de contornos desdibujados, que empuja a investigar qué hay detrás de esa primera impresión.

El concepto de intimidad se refiere al espacio interior, recóndito, donde circulan las vivencias. Deriva del latín «intimus», que significa «zona espiritual reservada de la persona». Es el núcleo más propio y personal de cada uno. Ya Platón en sus «Diálogos», dice que la naturaleza de lo bello, va desde lo sensible exterior a lo subjetivo, hasta ascender al mismo nivel lo bello y lo bueno. En el pensamiento platónico, la ética y la estética están íntimamente entrelazadas. De ahí brota el verdadero amor, como deseo del bien y de la belleza.

Aristóteles distingue tres formas de conocimiento: teórico, práctico y retórico (poesía). La belleza pertenece al plano teórico. Lo bello es ordenado, tiene proporción, hay una buena relación entre el todo y las partes. En el análisis de cualquier realidad hay dos vertientes: la realidad y la apariencia, lo de fuera y lo de dentro, lo que se ve y aquello otro que permanece escondido.

En la ilustración, cuando la razón desplaza al mundo sentimental, la belleza es la apreciación intelectual de algo que produce una emoción de gozo, bien por su grandeza, singularidad o hermosura. El idealismo alemán ponía lo verdadero, lo bueno y lo bello juntos, constituyendo una tríada del hombre superior. Para el pensamiento romántico, que recorre buena parte del siglo XIX, la belleza es la manifestación de lo verdadero. Dicho en otros términos: la felicidad como máxima aspiración de la condición humana, no se da en el superhombre de Nietzsche, sino en el hombre verdadero: aquel que se esfuerza por ser coherente.

La belleza interior no puede ser definida fácilmente, ya que se distingue por impresiones subjetivas agradables, en donde se alinean la armonía, un cierto equilibrio y buenas proporciones entre los distintos elementos que atraviesan al ser humano. Desde fuera, desde los alrededores de la personalidad, se otea que hay algo sugerente, que es menester descubrir; adentrarse en no se sabe qué paisajes interiores, que nos den la clave del personaje que tenemos delante.

Los psiquiatras somos perforadores de superficies humanas. Nos interesa descubrir lo que hay debajo de las apariencias. Bajamos, como el geólogo, a las profundidades de la intimidad ajena para explorar territorios intransitables desde el exterior.

El hombre es el único ser vivo capaz de albergar esos dos tipos de belleza. En los animales podemos admirar la riqueza de su funcionamiento fisiológico o cómo siendo a veces tan pequeños, pueden tener en su seno de todo: desde el aparato digestivo al reproductor, pasando por el sistema nervioso o mecanismos de defensa muy sofisticados. Pero la belleza interior es distinta. Su concepto hay que perseguirlo a través de la coherencia de vida, mezcla de paz interior, proporción psicológica, espiritualidad, sencillez, distinción, espontaneidad, y línea biográfica sugestiva y ejemplar. Todo eso conduce a hacer de esa persona alguien atractivo, con grandeza en su naturalidad.

LA BELLEZA INTERIOR

Por Enrique ROJAS

Esa persona nos deja fascinados. Pero no con aquella seducción prefabricada del domador de imágenes, asesor de conductas externas, que se presenta ante sus electores ofreciendo una panorámica personal buena, mediatizada, pensando en quedar bien y ser votado. Aquí se trata de algo muy distinto. Estamos ante una persona de categoría, que es una especie de lección abierta positiva, que nos arrastra a imitarle y a elevar su consideración ante nosotros. No nos deja indiferentes, antes al contrario, se torna interesante y queremos saber qué hace con su vida, cómo la interpreta, cuales son sus puntos de referencia y qué piensa de los grandes temas de la existencia: el sufrimiento, el fracaso, la decepción, el amor, la alegría, en una palabra: qué respuestas da al sentido de la vida. Porque las palabras mueven, pero el ejemplo arrastra.

Se une a la belleza física el atractivo psicológico y espiritual. La sinfonía mejor que puede presentar el hombre, debe tener estas tres notas. Del mismo modo que el hombre del Renacimiento estaba tejido por tres ingredientes: la razón, la norma y la trascendencia, que aludían a sus raíces principales, la tradición griega, el mundo romano y el pensamiento cristiano. Su descripción fenomenológica está hecha con los siguientes materiales: armonía consigo mismo, integridad, coherencia, orden interior, amplitud de miras, capacidad para captar la realidad por sobre elevación, humanidad, preocupación por el hombre como persona, autenticidad y esfuerzo por dominar la parcela animal que hay en la naturaleza. Como dice el Talmud judío, en un célebre proverbio, hay tres tipos humanos grandes: el hombre sabio, es el que domina sus pasiones; el prudente, es el que aprende de todos con amor; y el hombre honrado, es el que trata a todos con dignidad.

La belleza exterior es fácil de descubrir: en cambio, la interior, necesita una cierta capacidad psicológica, además de la posibilidad de pensar en ella. La primera es apolínea, la segunda dionisiaca; una es más mediterránea y la otra más continental. Una es física y otra, metafísica.

La hermosura de afuera es el primer estímulo para acercarse a alguien, sobre todo del otro sexo. La de dentro, va a ser la raíz inicial que luego se hará capilar y frondosa para mantenerse enamorado. Porque no olvidemos que es bastante fácil enamorarse y difícil y complejo mantenerse enamorado en profundidad y rastrea su fondo, buscando cualidades duraderas, que le den una elegancia tejida de distinción y finura. Se aspira a algo grande, que tenga permanencia, que no decaiga con el paso del tiempo. Antes al con-

trario, mantiene la frescura y lozanía del que tiene argumentos para crecerse en la dificultad y espíritu de superación para superar los

fracasos y remontar de nuevo el vuelo. De ahí que esta persona llegue a ser como una ciudad amurallada: fuerte, sólida, resistente, que no se desalienta ante los reveses, ni se ensorbece en el éxito. Porque siempre hay buen viento para el que sabe a donde va.

De las bellezas oficiales se enamoran muchos hombres y lo mismo ocurre con ciertos galanes, sin escudriñar más a fondo, lo cual suele tener después consecuencias muy negativas. La belleza de una mujer, perdió a muchos hombres. Ante ellas, uno es turista, buscador de exteriores y poco más. Hoy tenemos a las revistas del corazón como propagador de ellas. Nos las presentan con una cierta magia, a través de sus andanzas más variadas, generalmente centradas en una vida sentimental rota. Eso va creando opinión de forma sutil, promoviendo un estilo de vida que se propaga con rapi-

deza. Son un medio de evasión, algo para pasar-el-rato y nada más, pero que en la actualidad tienen una influencia ascendente. Las consecuencias de todo ello las tenemos hoy bien a la vista. Yo las llamo «los tebeos de los mayores».

Una persona bella por dentro tiene ideales. Aspira siempre, a pesar de la corriente, a lo mejor. Sabe a qué atenerse, tiene criterio y pilota su vida siendo brújula y no veleta. No tolera que se la manipule y se resiste a ser manejado por los tópicos y lugares comunes que circulan a su alrededor y que muchos repiten y trasiegan de acá para allá. En una palabra: uno quiere ser persona, alguien singular y no algo movido por los vientos exteriores. Ha sabido interpretar la vida con soluciones satisfactorias, sacando lo mejor de sí mismo, en un bracear con la realidad. Ha sabido ponerse en claro consigo mismo.

Nos sumergimos así en un personaje que merece la pena conocer en tiempos de bonanza o en barruntos de peligros. Su balance existencial, a cualquier altura de su trayectoria, nos muestra un cierre de cuentas optimista. Ha visto pasar delante de sí un sinfín de paisajes, que han ido perfilando su clima interior; pero a través de esa variedad de matices, la existencia personal sigue mereciendo la pena, al haberse depositado en su fondo, una lectura coherente y esforzada, en donde sigue estando de pie la ilusión de llegar a la mejor cima personal.

Si a una cara hermosa y a un cuerpo esbelto, se une una persona valiosa psicológica y espiritualmente, estamos a las puertas de un ser humano superior. En su geografía más recóndita se observa una buena integración entre los distintos segmentos que tiene la vida. Emerge así, una persona fecunda, que se conoce a sí misma y en el que el orden, la constancia, la voluntad, la alegría y por encima de todo, el amor, laten en su seno de forma bien articulada, compensando un juego de elementos proporcionado. La belleza interior es el castillo que guarda escondido el tesoro de la armonía y la serenidad juntas.

Si educar a una persona es entusiasmarla con los valores, el motor de la belleza interior es el amor.



Enrique Rojas
Catedrático de Psiquiatría

ALQUILE CON TIEMPO SU

APARTAMENTO.

Consulte las páginas
de Anuncios por
palabras de ABC

